

CENIZAS DE SANTOS EN LA CATEDRAL DE CORIA

EL P. JERONIMO ABARREATEGUI FIGUEROA

ENTRE las riquezas de nuestra Catedral Cauriense se encuentran las cenizas que reposan bajo las losas del pavimento. No dudamos que muchos de los obispos, sacerdotes y cristianos sepultados entre los muros del Templo son siervos bienaventurados de Dios.

Unas de estas cenizas de santos son las del Venerable P. Jerónimo Abarreátegui, sacerdote teatino.

Había nacido en Madrid el 15 de Junio de 1653. Procedían sus abuelos de Vizcaya. El padre, D. Antonio Abarreátegui, era cortesano y criado de Felipe IV. De los años de su juventud sabemos un suceso prodigioso que debió influir decisivamente en su vocación al estado religioso: se le disparó en una ocasión violentamente una pistola, cuya bala, que a él iba dirigida, se desvió hacia la pared. El fogonazo del disparo deslumbró su vista y abrió un cauce de luz en su vida.

En Diciembre de 1673 tomó el hábito de teatino.

Diez años más, en 1683, fundó un Colegio de Teatinos en Salamanca. Como prefecto de estudiantes y más tarde Rector del Colegio, logró para su orden días gloriosos. Muy pronto se extiende por Salamanca y contornos la fama de virtud y santidad del P. Abarreátegui. Eran incontables los casos de penitentes convertidos a las plantas de su confesonario. Una joven emprendió después de conocer al teatino nueva vida de arrepentida con tanto ardor que a todos edificaba su austeridad y penitencia; se la llamaba la «negrita de la penitencia».

Asistía a bien morir a una santa religiosa del convento de Santa Isabel; ya comenzaba a agonizar la enferma. Entonces avisan urgentemente al P. Jerónimo desde el Colegio, que le requería.

—Espera—dijo—hasta que vuelva.

A las tres horas vuelve al lecho de la moribunda.

—Manuela, vamos a morir—le dice.

—Vamos, Padre.

La muerte le había obedecido y detenido su furor por unas horas, lo mismo que se doblegaban a su paso los espíritus y los pecadores.

La familia de los Gamarra, de Alba de Tormes, instó al P. Aba-

rreátegui que les acompañara hacia el convento del Palancar. Se resiste el Padre y no acepta, porque ello sería—dice— ir a morir fuera...

Se lo urge el Superior por obediencia y se somete gustosamente. Pero a lo largo de su viaje, mientras contemplaba la inmensa llanura castellana y las rugosas encinas de Extremadura, repetía una y otra vez: «esto ya no lo volveré a ver»... No comprendía la noble familia de Alba el misterio de sus palabras; sí adivinaban en el semblante del santo religioso un no sé qué de tristeza, turbación y alegría.

A final de Abril de 1719 llegó a Coria el Padre teatino. Su primera visita fué a la Catedral. Hacia el centro de la capilla mayor estuvo en larga oración, de rodillas sobre el frío de una losa. A las dos horas bendijo aquel lugar y besó la tierra, desprendiéndose de aquellos palmos de piedra con visible emoción.

Aquella misma noche, 27 de Abril, enfermó gravemente, en un acceso de apoplejía. Duró unos días la cruel dolencia, que sufría con fortaleza singular. Como la fama de santidad del siervo de Dios era de todos conocida, se produjo honda consternación en toda la ciudad. No cesaron ante su lecho las visitas de los Prebendados, del Superior y frailes de S. Francisco... Recibió los Sacramentos, como se administra a los Capitulares. El 2 de Mayo de 1719 santamente entregó su espíritu.

Por muchos años quedó indeleble la impresión del entierro de un santo. Todo el clero, corregidores y pueblo en un inmenso gentío por haberse congregado gran muchedumbre de otros pueblos con motivo de la feria que se celebra el 3 de Mayo. El cabildo había acordado sepultarlo en aquel mismo lugar, en que le vieron orar llorando durante dos horas.

Es imposible recoger los casos prodigiosos que se contaban en torno a la preciosa muerte del bienaventurado religioso. Todos atestiguaban que un perfume suave y celestial destilaba el santo cadáver. Por la irresistible atracción de su santidad tomaban muchos, como preciadas reliquias, trocitos de tela de su sotana y ornamentos. Al entierro asistió un Prebendado que había pedido por intercesión del difunto Padre la curación de la gota, que le retenía en su morada. Un vecino de Ceclavín mejoró inexplicablemente al aplicársele un poco de tela del manto del P. Jerónimo.

Durante su vida también se narraban hechos admirables. Entre ellos está la visión de la «negrita de la penitencia», que vió mientras se confesaba con el Padre, una paloma sobre el confesonario y todo él entre resplandores vivísimos.

Por una gracia especial de Dios para Coria y su histórica Catedral, reposan los santos restos de este venerable religioso bajo sus bóvedas. Junto a la valla de la vía sacra, en la parte del Evangelio aún puede leerse esta inscripción que pusieron sobre su sepulcro: HIC EXPECTAT RESURRECTIONEM MORTUORUM/R. P. DN. HIERO-NIMUS A BARRE/ATEGUI Y FIGUE RO A/ORDINIS/S. CAJETANI PIE/TATE INSIGNIS/VITA BEATUS/MORTE FELIX/OBIT/KALENDIS/MAII ANNO DONI. 1719: «Aquí espera la resu-

rrección de los muertos el Rvdo. P. D. Jerónimo Abarreátegui y Figueroa de la orden de S. Cayetano, de insigne piedad, santa vida y feliz muerte. Murió el 1.º de Mayo del año del Señor 1719».

Unos años más tarde los Teatinos de Salamanca solicitaron del Cabildo que examinasen los restos y la sepultura del siervo de Dios para observar si se conservaba incorrupto su santo cuerpo. Hacia 1752 vuelven a insistir en la misma petición. El Cabildo accede por su parte a ello y pide consentimiento al Prelado para abrir la sepultura del P. Jerónimo.

No sabemos si accedió a ello el Prelado y si se realizó el examen de los restos y de la tumba del P. teatino.

En años sucesivos se siguió extendiendo la fama de santidad y virtudes eminentes de aquel teatino. Pero poco a poco se fué olvidando su nombre y hoy queda en el olvido.

JESUS SAN PEDRO



Guardador de la fuente

Guardador de la fuente, mendigo de pastores,
tú que envidias mis frutos, que mis glorias exaltas,
sabe lo que he aprendido: que hay mil glorias más altas
y frente a mis riquezas, mil riquezas mayores.

Sabe lo que he aprendido: que es la dicha un deseo
de ver lo que no somos... Deseo, solamente.
¡Llévate fama y bienes, todo cuanto poseo,
pero déjame en cambio el cántaro y la fuente!

EDGARDO UBALDO GENTA